

## Día 9. Inicio de la vida pública

### ORACIÓN A LA TRINIDAD:

Padre eterno, tú que tanto amaste al mundo que enviaste a tu Hijo para devolvernos la comunión contigo, concédeme que, bajo la guía del Espíritu Santo, pueda conocer más y mejor el amor del Corazón de Jesús para poder dar testimonio de Él con mi vida, y participar así en la construcción de la civilización del amor.

### MEDITACIÓN:

Cuando el Verbo de Dios vino al mundo, lo hizo sujetándose a todos nuestros límites, pero dispuesto a rebasarlos todos en una donación total a la voluntad del Padre. Así demuestra entenderlo Jesús al inicio de su ministerio, tal y como lo leemos en el Evangelio de san Lucas:

Le entregaron el rollo del profeta Isaías y, desenrollándolo, encontró el pasaje donde estaba escrito: «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido. Me ha enviado a evangelizar a los pobres, a proclamar a los cautivos la libertad, y a los ciegos, la vista; a poner en libertad a los oprimidos; a proclamar el año de gracia del Señor». Y, enrollando el rollo y devolviéndolo al que lo ayudaba, se sentó. Toda la sinagoga tenía los ojos clavados en él. Y él comenzó a decirles: «Hoy se ha cumplido esta Escritura que acabáis de oír». (Lc 4, 17-21)

¿Qué pasaba por el Corazón de Jesús cada vez que leía o escuchaba las profecías que anunciaban la venida del Mesías? ¿Cómo viviría el saberse enviado por Dios Padre con una misión concreta? Él era el Mesías y lo sabía. Él era el deseado de las naciones. Siglos y siglos esperándole... Miles y miles de personas deseando ver su venida y, sobre todo, Dios Padre esperando la plenitud de los tiempos para llevar a cabo su plan de salvación: enviar a su Hijo amado para comunicarnos su amor y devolvernos la vida. ¿Qué sentiría Jesús ante la misión encomendada? Es un misterio insondable al que podemos intentar asomarnos, con la gracia de Dios, contemplando los sentimientos de Corazón de Jesús, observando sus acciones y escuchando sus palabras.

Jesús, en aquella ocasión en que leyó la lectura del profeta Isaías en la sinagoga de su pueblo Nazareth, reconoció públicamente que en él se cumplía la profecía. Él sabía muy bien que era el elegido, el esperado, el enviado al mundo como salvador..., pero sobre todo sabía que Él era el hijo amado de Dios Padre; amado desde siempre y por siempre con un amor que, a partir de su encarnación saboreó, gustó y vivió con un corazón humano. Se sabía amado, elegido, sostenido, enviado, dependiente..., y se gozaba y complacía de ello... y lo declaró muchas veces de forma velada y de forma patente, de manera pública y también íntimamente: Pilato se sobrecogió ante su rotunda confesión: «yo para eso he nacido, para dar testimonio de la Verdad», y los apóstoles también se estremecieron ante sus confidencias en la Última Cena en las que les compartía que volvía al Padre habiendo cumplido su voluntad.

Toda su vida la vivió pendiente del Padre y de su misión. Siempre hizo lo que le agradaba al Padre: su voluntad fue cumplir su voluntad. No se apropió de la misión, sino que, por su continua unión y oración con el Padre, por su continua docilidad al Espíritu Santo hizo en todo momento lo que se le pedía: dar la vida por sus hermanos. Y esa misión la sigue viviendo en el cielo y en la Eucaristía; darse sin reservas para darnos la vida eterna, la unión con Dios y la comunión entre nosotros. ¡Su corazón es así hoy, lo fue ayer, y lo será siempre! El Papa Francisco lo dice claramente en su encíclica *Dilexit nos*: «El Corazón de Cristo es éxtasis, es salida, es donación, es encuentro».<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Carta enc. *Dilexit nos*, n.28

El Papa Francisco también nos propone claramente lo que tenemos que hacer para parecernos a Jesús: «Tú también necesitas concebir la totalidad de tu vida como una misión. Inténtalo escuchando a Dios en la oración y reconociendo los signos que Él te da. Pregúntale siempre al Espíritu qué espera Jesús de ti en cada momento de tu existencia y en cada opción que debas tomar, para discernir el lugar que eso ocupa en tu misión. Y permítele que forje en ti ese misterio personal que refleje a Jesucristo en el mundo de hoy». <sup>2</sup>

Que el Espíritu Santo nos conceda reconocer cuál es la misión que Dios nos encomienda y así poder construir con Jesús en este mundo su reino de amor, justicia y paz: la tan deseada civilización del amor.

#### PROPÓSITO:

Jesús, concédeme la gracia de sentirme enviado por el Padre para una misión concreta en el día de hoy, enséñame a preguntarle cuál es y a corresponder con fidelidad a lo que me muestre.

#### JACULATORIA:

Jesús, fiel a tu misión, haz mi corazón semejante al tuyo.

---

<sup>2</sup> *Gaudete et exultate* n. 23